

Barbara Brown Taylor  
**Santa envidia**

Encontrar a Dios en la  
religión del otro

Prólogo de Javier Melloni



EDITORIAL  
ESPACIO  
RONDA



Título original: *Holy Envy. Finding God in the Faith of Others* © 2019 por Barbara Brown Taylor y publicado con el permiso de HarperOne, un sello editorial de HarperCollins Publishers

© Del texto: Barbara Brown Taylor, 2019  
© De la traducción: Carlota Ros Tusquets  
© De la corrección: Mariella Ferreccio Gete  
© Del diseño: Grabado de Luis Navarro y logotipo de Juli Sasaki  
© De la edición: Editorial Espacio Ronda, S.L. 2023.  
Ronda de Segovia, 50 - 28005, Madrid

© Del prefacio: *El lenguaje de los pájaros*, Farid Ud-din Attar.  
Traducción de Clara Janés y Said Garby. Alianza Editorial, 2015.

[www.espacioronda.com](http://www.espacioronda.com)  
[editorial@espacioronda.com](mailto:editorial@espacioronda.com)

ISBN: 978-84-123531-2-9  
Depósito Legal: M-31341-2023

Primera edición: Enero 2024

Imprime: Cofás Artes Gráficas  
Impreso en España

Todos los derechos reservados. Queda prohibida la reproducción total o parcial de este libro por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, la fotocopia o la grabación, sin el permiso expreso de los titulares del copyright.





Barbara Brown Taylor  
**Santa envidia**

*Encontrar a Dios en la religión del otro*

*Prólogo de*  
JAVIER MELLONI

*Traducción del inglés*  
CARLOTA ROS TUSQUETS

EDITORIAL ESPACIO RONDA





# Índice

PRÓLOGO <i>Javier Melloni Ribas</i>	15
INTRODUCCIÓN <i>Una visión parcial</i>	23
UNO <i>Introducción a la religión</i>	39
DOS <i>Las almendras de Vishnu</i>	57
TRES <i>Una ola, no el océano</i>	81
CUATRO <i>Santa envidia</i>	101
CINCO <i>El vecino más cercano</i>	127
SEIS <i>Renegar de Dios</i>	151
SIETE <i>Los portadores de sombras</i>	177
OCHO <i>Un suspenso en cristianismo</i>	201
NUEVE <i>Nacida de nuevo</i>	227
DIEZ <i>Diversidad divina</i>	245
ONCE <i>El Dios que no nos hemos inventado</i>	259
DOCE <i>El examen final</i>	279
EPÍLOGO	295
AGRADECIMIENTOS	307
NOTAS	313
LECTURAS RECOMENDADAS	321





## PRÓLOGO

Javier Melloni Ribas

Estamos ante un libro insólito que no ha dejado de sorprenderme desde la primera página hasta la última, empezando por el título.

Es difícil de decir lo que transmite y provoca esta obra: una confianza, una libertad y una alegría contagiosas. Está escrito con una gran soltura y honestidad, lo cual hace que consiga crear una extraña familiaridad con todo lo que dice esta mujer, la cual ha publicado más de quince libros previamente. Este es el último aparecido en inglés en el 2019.

Como confiesa la misma autora, estas páginas nacen de la convicción de que «es posible aprender alguna cosa tomándose en serio respuestas opuestas a las propias y de que se puede mejorar la propia fe en base a la fe de los demás» y son una alternativa «para los que se consideran auténticos creyentes basándose en que el otro está equivocado para tener razón».





Bárbara Brown Taylor (1951) es sacerdote episcopal del Estado de Georgia, en el sudeste de Estados Unidos. Aunque de un modo un tanto elusivo, en estas páginas nos ofrece suficientes rasgos autobiográficos para comprender su recorrido: crecida en una familia no creyente, desde pequeña se sintió atraída por Dios. Se bautizó de adulta, entró en la Iglesia Presbiteriana y, cuando llevaba quince años ejerciendo de ministra, le ofrecieron ser profesora de religión en una pequeña facultad local de una confesión protestante.

El libro está escrito al final de su vida docente después de años de enseñar el hecho religioso y las diferentes religiones del mundo a jóvenes universitarios. Estamos ante la narración de su propia perplejidad –esa «santa envidia»– en su encuentro con las demás religiones.

Quienes contaban con Dios para guiarlos ante tantas opciones se sienten como si este Padre Celestial les hubiera soltado de la mano en medio de la muchedumbre y se hubiera desvanecido en un mar de posibilidades divinas. No puedo proteger a mis alumnos de esta circunstancia más de lo que me puedo proteger a mí misma. El mareo existencial es uno de los efectos secundarios de la educación superior, y también afecta a los profesores.

El modo que tiene de plantear y de resolver lo que produce el encuentro interreligioso también deja perplejo a quien lo lee. Pero quedar perplejo o desconcertado





no significa quedar perdido o confundido, sino todo lo contrario: uno se siente extrañamente estimulado a dejarse conducir por la autora página tras página, capítulo tras capítulo, hacia donde nos quiera llevar. Consigue que le hagamos este voto de confianza al cabo de las tres primeras líneas.

Todo lo que dice contiene una gran hondura a la vez que una gran simplicidad. Encontramos frases aparentemente sencillas como: «Nunca vemos lo que no esperamos ver»; «Descubrir el extenuante beneficio de considerar verdades distintas a las propias»; «Dios no pertenece a nadie»; «Resistirse ante la tendencia de juzgar a muchos por los actos de unos pocos»; «La espiritualidad es la búsqueda activa del Dios que no te has inventado», y un largo etcétera. Todo el libro es una cascada de lucidez expresada con una desconcertante frescura, honradez y naturalidad.

¿Es posible aprender alguna cosa tomándome en serio respuestas opuestas a las mías? ¿Podía mejorar mi fe en base a la fe de los demás? Claramente la respuesta a esa última pregunta fue que sí, si no este libro no existiría.

Toda la obra emana una gran empatía. Por supuesto hacia todas religiones, pero no solo hacia ellas y sus respectivos seguidores, sino también hacia sus alumnos y alumnas, comprendiendo sus bloqueos y prejuicios sin juzgarlos y dejándose interpelar por sus objeciones.





Las religiones que recorre son, en este orden: hinduismo, budismo, judaísmo, islam y cristianismo. Entiendo que esta secuencia se debe a que desea comenzar por lo que puede resultar más lejano o exótico a un estadounidense medio hasta llegar hasta lo más cercano, que es el cristianismo. Lo hace en un contexto multieclesial, mostrando que el reto de asumir las diferencias entre las confesiones cristianas no es diferente de la confrontación entre cristianos y otras religiones.

Al mismo tiempo, la autora incursiona en su propia fe cristiana, dando unas interpretaciones muy originales sobre algunos pasajes de los evangelios, como es, por ejemplo, el encuentro de Jesús con Nicodemo (Juan 3).

El modo en que descubre y describe las cinco religiones es de una gran originalidad. Lo hace a partir de situaciones vividas por ella y con frecuencia con sus alumnos, fijándose en aspectos aparentemente marginales que resultan ser de gran relevancia al ser interpretados bajo su mirada.

Lo presentado hasta aquí me parece suficiente para abordar el enigma del título. ¿A qué se refiere la autora con eso de «santa envidia?» Nos dice:

Contrariamente a la opinión popular, todas las religiones no son similares. Sus seguidores ven el mundo de formas muy distintas. Su entendimiento de la condición humana procede de supuestos diferentes y los lleva a proponer remedios distintos.







A partir de ello, confiesa claramente:

Si hubiera sido capaz de resistir la sabiduría que me ofrecían –si hubiera podido mantener puestas mis gafas cristianas, de forma que solo viera lo que estas me permitían ver– entonces quizá habría salido indemne. Pero no fue así. En lugar de ello, encontré cosas que envidiar en todas las tradiciones que enseñaba.

Ahora bien, la pregunta que más precisamente nos hacemos es: ¿Qué hace santa a esta envidia? Lo explica de múltiples modos a lo largo del libro, además de dedicarle todo un capítulo. Lo esencial es lo siguiente: lo que la hace santa es que lleva a apreciar aspectos de las otras religiones que se han descuidado en la propia, sin que ello comporte despreciar la propia fe ni dejarse deslumbrar por la ajena, sino a amar más la propia después de haberse sumergido en la otra. «No estoy segura de si la virtud de la santa envidia requiere santa humildad o bien la crea, pero ambas están íntimamente relacionadas».

Dice con una desenvuelta sinceridad:

Al principio de impartir la asignatura de «Introducción a la religión», mi envidia se convirtió en un hurto espiritual. Cada vez que veía algo que me gustaba en otra tradición, lo adoptaba: los cuencos tibetanos, las deidades hindúes, los collares zunis repletos de fetiches o las alfombras musulmanas para la oración. Pagaba





espléndidamente por todas estas cosas. Mis ganas de poseerlas nacía de un deseo genuino de acercarme más a sus propietarios originales (...). A pesar de que mi avidez se despierta cuando veo una bonita campana tibetana en un escaparate, he aprendido que poseer un artefacto no es lo mismo que poseer la realidad espiritual que representa.

La madurez que Barbara B. Taylor fue adquiriendo progresivamente tuvo que pasar por el cuestionamiento de su propia fe para poder reencontrarla de nuevo, habiendo crecido en el empeño. Por esto también es santa esta envidia, porque produce un crecimiento purificado y fortalecido en la propia fe, no un desencanto o un alejamiento. Pero esto produce efectos colaterales, como encontrarse en el borde del interior de la propia tradición para seguir empujando las fronteras de la propia fe, que se pueden convertir en muros si se dejan como están, sin cuestionarlas.

Eso hace que a veces uno no sepa si se sitúa «en el borde exterior del interior o en el borde interior del exterior» de la propia tradición, lo cual suele ser incómodo tanto para uno mismo como para los demás.

Ahora bien, ¿de dónde brota la confianza y el arrojo de esta mujer para poder acercarse de este modo a las demás religiones? A mi entender, de la certeza de que todas brotan de la misma Fuente y que ninguna puede agotarla. El contagio de la certeza de esta abundancia provoca otro fenómeno: la «santa envidia circular», es





decir, que todas son capaces de envidiarse santamente unas de otras, no para dejar de ser ellas mismas sino para complementarse mutuamente, como las diferentes especies animales y vegetales coexisten y se enriquecen en un mismo ecosistema.

La autora deja para el Epílogo el impacto que le produjo su primera visita a la Iglesia del Terreno Común (Church of the Common Ground), que se reúne en un parque público en el corazón de Atlanta.

«Somos como cualquier otra iglesia», dice su página web. «Solo que no tenemos edificio». Envidio eso. [...]. Cuando la sacerdote me extendió el pan, este me supo tan dulce como la miel. Igual que el zumo de uva. Después, posiblemente me embarqué hacia la isla del paraíso, porque no recuerdo gran cosa más. Ya no había nada que envidiar. Estaba exactamente donde quería estar.

Al leer este libro me ha sucedido lo mismo: este es exactamente el libro que querría haber leído. Y, sinceramente, he sentido una santa envidia ante esta mujer, por su frescura de corazón, su claridad de mente y su capacidad de expresión. Y luego me ha dejado con una gran alegría: la de saber que existen personas como ella que viven su fe abiertamente, sin estar a la defensiva, contagiando a los demás la fascinación por ese Fondo sin Fondo que cada religión nombra y concibe a su modo y según su don.





En definitiva, estamos ante unas páginas vibrantes e insólitas que no dejarán indiferente a nadie. Lo recomiendo encarecidamente tanto a los que lleven años en el terreno del encuentro interreligioso como a aquellos y aquellas que comienzan a adentrarse en él. Los primeros se sentirán reconocidos en muchos pasajes del libro, despertándoles una sanadora sonrisa por sentirse descubiertos e identificados por los mismos pensamientos y sentimientos que habrán vivido. Los segundos perderán mucho de sus miedos y de sus reticencias gracias a estas páginas tan llenas de confianza en la capacidad humana de ser reflejo y receptáculo de la pluriformidad divina.





## INTRODUCCIÓN

Una visión parcial

*¿Qué sabe de Inglaterra quien solo conoce Inglaterra?*

— Rudyard Kipling

Este libro es una pequeña ventana abierta a un tema muy grande. Está ambientado en una escuela universitaria de Artes Liberales en la ladera de los montes Apalaches y cuenta la historia de una ministra cristiana que se perdió en la iglesia<sup>1</sup> para encontrar un nuevo camino dentro de la Academia. No impartía la asignatura de Introducción al Nuevo Testamento, Historia de la iglesia ni Teología cristiana, sino la de Religiones del mundo. En cuanto se recuperó, tras la conmoción de ver a Dios de tantas formas nuevas, se fue enamorando de todas las religiones que enseñaba. Cuando explicaba el judaísmo, quería ser rabi-na; cuando enseñaba budismo, quería ser monja. Al verse

<sup>1</sup> N. de la T.: La autora ha tomado la decisión consciente de no escribir iglesia con mayúscula cuando se refiere a la institución por motivos que explica detalladamente en el capítulo ocho de esta obra. Se ha respetado su decisión.





obligada a profundizar en el cristianismo, se dio cuenta de lo distinta que le parecía su religión comparada con las demás. Siempre había prometido a sus alumnos que estudiar otras creencias no les haría perder la propia. Sin embargo, ella perdió la suya, o por lo menos perdió la que tenía al principio. Esta es la historia de cómo ocurrió y de los acontecimientos ulteriores.

Es mi historia, pero también es la de una generación de jóvenes norteamericanos que han crecido con una mayor diversidad religiosa que sus padres y abuelos, y todavía no saben calibrar si eso es bueno o malo. Los cristianos palpan la desazón en sus iglesias, donde el cambio de estilo musical y la contratación de pastores jóvenes no han conseguido atraer a la juventud. ¿Sobrevivirá el cristianismo de siempre, o acabará desapareciendo? ¿Qué papel juega en todo ello el Espíritu Santo, o acaso es otro espíritu, uno más siniestro, el que está maniobrando aquí?

Hay personas que se cuestionan si la iglesia en la que han crecido aún les puede ofrecer algo a medida que se abren camino en un ambiente multicultural, con varias versiones de la verdad, algunas de las cuales tienen mucho sentido para ellos. Quienes contaban con Dios para guiarlos ante tantas opciones se sienten como si este Padre Celestial les hubiera soltado de la mano en medio de la muchedumbre y se hubiera desvanecido en un mar de posibilidades divinas. No puedo proteger a mis alumnos de esta circunstancia más de lo que me puedo proteger a mí misma. El mareo existencial es uno de los efectos secundarios de la educación superior, y también afecta a los profesores.





Yo entré en el mundo académico por la puerta de atrás. Mi trabajo diario era en la parroquia; llevaba quince años de ministra cuando el rector de una facultad local me dijo que había una vacante para enseñar religión. ¿Podía interesarme? La primera vez dije que no. Mis únicas credenciales eran un máster en Teología, una inmersión profunda en una única denominación cristiana y mi persistente curiosidad sobre el tema. Las tres cosas habían constituido proyectos personales míos, ya que mis padres me habían criado al margen de Dios. A los quince años me encontré a mi padre sentado con las piernas cruzadas en la sala meditando delante de una máquina de biorretroalimentación. Cuando le dije a mi madre que quería que me bautizaran, me contestó que esto era un capricho pasajero. Tenían ambos una opinión tan pobre de la religión que nos habían criado a mí y a mis dos hermanas pequeñas para que creyéramos en una educación superior y no en un poder superior. Íbamos a la biblioteca cada semana, no a la iglesia. Leíamos a Shakespeare, no la Biblia.

Esto me obligó a rebelarme, y en cuanto me saqué el carnet de conducir, me incorporé a cuanta iglesia se encontrara cerca de mi casa. Durante una época fui bautista, luego presbiteriana; en la universidad era una cristiana evangélica que pasaba horas con seminaristas metodistas durante la semana, mientras cenaba con católicos los domingos por la noche. Pero todas estas conversaciones informales no me satisfacían. Quería libros sesudos y profesores inteligentes, quería enfrentarme a temas de mayor trascendencia. Decidí estudiar religión y en el aula en-





contré mucho más de lo que había hallado en las iglesias. Cuando mi supervisor me sugirió el seminario, fui sin otra ambición que la de aprender todo lo que pudiera sobre los misterios divinos del universo, por parte de cualquier profesor dispuesto a enseñarme más. Una escuela de Teología me parecía el lugar ideal.

Mi profesor preferido era un sacerdote episcopal que enseñaba el Nuevo Testamento con una pequeña edición griega, siempre abierta frente a él. De cintura para arriba tenía un aspecto inmaculado –vestía una camisa negra de sacerdote, con cuello de lino bien almidonado, y una chaqueta de lana que le confería aspecto de duque–. En cambio, por debajo de la mesa se veían sus botas de cuero acordonadas llenas de barro, como si hubiese llegado a clase apresurado tras un paseo matutino por el bosque. Aparecía en mis sueños. Además, me enseñó muchísimas cosas sobre el Nuevo Testamento. Me devolvía los trabajos escrupulosamente revisados con anotaciones de extensos comentarios que adjuntaba en folios separados.

Hasta el momento, nadie había hecho tanto caso de mi erudición, por eso acudí a él como guía espiritual e hice exactamente lo que me sugirió: asistir a la misa de la iglesia anglo-católica del centro de la ciudad, donde la exposición de los misterios divinos excedió toda mi experiencia previa. Aunque enseguida aprendí a arrodillarme, a cantar salmos y a santiguarme en nombre de la Trinidad, tardé un año entero hasta atreverme a recibir la Comunión. Tenía miedo de equivocarme de alguna manera y que la hostia de la Comunión explotase en mi mano –al ir a cogerla







con la mano equivocada, por ejemplo, o porque hubiera olvidado algún pecado particularmente sutil durante la confesión—. Cuando por fin me atreví a acercarme al altar y comprobé que no ocurría nada terrible, me convertí en una episcopal convencida. La combinación de oraciones fijas y libre pensamiento era exactamente lo que había estado buscando. Fue la última iglesia a la que me adherí, y la que sigo considerando mi hogar.

En ese momento, la ordenación era imposible, pues la iglesia episcopal solo comenzó a admitir mujeres después de que yo terminara mis estudios en la Escuela de Teología. Unos años más tarde, cuando las cosas cambiaron, yo cumplía todos los requisitos para recibir lo que aún se llaman «sagradas órdenes». El obispo firmó los papeles, se fijó una fecha, y cuando llegó el momento, me arrodillé ante el altar de una preciosa iglesia con cruces doradas pintadas sobre un techo rojo, y me mantuve inmóvil mientras mis compañeros de ordenación se unían para posar sus manos sobre mi cabeza.

Durante los siguientes años, me acerqué cuanto pude al misterio divino. Aprendí a oficiar bautismos, bodas, bendiciones de la casa y funerales. Aprendí a nombrar y utilizar todos los elementos del ritual necesarios para la celebración de la eucaristía cada domingo: cáliz, patena, vinajera, copón, palia, corporal, purificador, lavabo. Aprendí qué vestiduras llevar en qué ocasiones y cómo colocar las manos cuando pronunciaba la bendición al final de cada servicio. Como alquimista de la gracia divina, tenía acceso a los rincones más privados de la vida de las perso-





nas, lo cual me confirió un corazón más abierto. A cambio de este privilegio, asistí a docenas de reuniones y comités, encargué toneladas de material para la catequesis, revisé cientos de circulares de la iglesia y archivé cajones enteros de informes anuales.

Durante mucho tiempo fue una buena vida. Y de repente, todo cambió. Si me preguntan qué ocurrió, puedo ofrecer variedad de relatos, todos ellos verdaderos: yo no era una líder hacendosa; pasaba demasiado tiempo fuera; sucumbí a la fatiga compasiva; perdí fe en la iglesia. Han pasado muchos años y ahora cuento otra historia igual de verosímil que todas las demás: fue el mismo espíritu que me llamó a unirme a la iglesia quien me llamó a abandonarla, a entender la diferencia entre el agua viva y el pozo. Por mucho que el sacerdocio me hubiera procurado un buen cubo para sumergir en el pozo –y por mucho que yo sintiera que veía claramente las profundidades elementales del misterio divino cada vez que me inclinaba para extraer un poco de agua–, el pozo no era el agua. Por mucho que yo quisiera, mi pozo episcopal ya no me convencía del todo. Estaba seca por dentro, como un hueso.

Fue entonces cuando el rector de una facultad universitaria cercana me llamó para preguntarme si me podría interesar dar clases de religión. Esa vez dije que sí. Era la mejor manera que se me ocurría para empezar a aprender de nuevo –esta vez sobre cubos y pozos diferentes a los míos, sobre otras maneras de acercarse al misterio divino que fueran lo suficientemente extrañas como para estimular mi sed de conocimiento–. Rápidamente cambié el altar





por el pupitre, el púlpito por la pizarra, el registro parroquial por la lista de alumnos y la camisa de clero negra por un vestido verde.

Mi primera clase empezó a las ocho de la mañana en un aula que podría haber pasado por una sala de autopsias. Las paredes, de bloques de hormigón, estaban pintadas de un blanco impecable. Un vetusto póster de la tabla periódica de los elementos colgaba del tablón de anuncios. La papelerera estaba llena. Dispuse una hilera de objetos religiosos sobre mi escritorio para poder señalar alguno cuando los alumnos preguntaran si estaban en el aula correcta: una menorá de bronce, una imagen grande de Shiva, un Buda sentado, una cruz de madera tallada y un ejemplar abierto del Corán en un atril. Enchufé un radiocasete portátil y puse un CD del Festival de Música de Fez, en Marruecos, que servía para amortiguar el sonido de las bombillas fluorescentes del techo.

En los siguientes minutos una veintena de estudiantes despistados fueron entrando en el aula. La mayoría se paraba unos segundos en la puerta y luego procedía a escoger su asiento en una de las mesas alargadas. Hubo una chica que fue directa a la primera fila, abrió su carpeta de tres anillas hasta una página en blanco y escribió en la parte superior «Introducción a la religión». Dos chicos corpulentos, con su chaqueta del equipo deportivo de la universidad, se dirigieron decididos a la fila de atrás, donde se sentaron para dar buena cuenta de los huevos revueltos con patatas cubiertos de queso que habían traído en una fiambrera. A las 8:05 en punto le di la bienvenida a todo





el mundo en el aula; estaba tan emocionada por ser el primer día que algunos alumnos se apartaban instintivamente cuando pasé dando zancadas entre ellos para distribuir el programa de la clase con mi subidón de adrenalina.

Los folios grapados parecían tan oficiales que incluso yo me los creía. Contenían la lista de las lecturas obligadas y recomendadas. También una detallada enumeración de los resultados esperados de su aprendizaje. Incluían un resumen de las tareas que contarían para la nota final, una pauta para los trabajos escritos, una explicación sobre cómo se puntuaría la asistencia a clase y advertencias sobre la entrega rezagada de trabajos. Al final había un programa completo de la asignatura que coincidía perfectamente con los capítulos del principal libro de texto. Dedicaríamos cinco sesiones a cada una de las religiones más importantes, con un examen de diez puntos al finalizar cada unidad, dos trabajos cortos sobre temas de libre elección y un examen final. Todas esas tareas, junto con los diez puntos posibles por la asistencia a clase, sumaban un perfecto cien.

Visto así, parecía perfectamente factible. Al final del curso, los alumnos que ahora no sabían distinguir el hinduismo del budismo serían capaces de describir las diferencias entre ellos. Quienes desconocían por completo la división entre protestantes y católicos podrían explicársela a sus colegas. Aprenderían lo suficiente sobre las grandes religiones del mundo como para pensar con mayor profundidad sobre lo que creían y el porqué. Al finalizar el curso, sus conocimientos religiosos ha-





brían dado un paso de gigante y tendrían las herramientas para ser mejores ciudadanos, tanto en su vida personal como profesional.

Ese fue mi discurso de bienvenida, más o menos. Cuando acabé, la chica de la fila delantera había repasado toda la programación con un subrayador amarillo y tenía una página entera de apuntes. Los dos chicos de la fila de atrás se habían acabado el desayuno. Un joven pelirrojo sentado en medio se había dormido con la cabeza apoyada en el brazo y se le oía respirar por la boca. Cuando abrí el turno de preguntas hubo un par de ellas sobre las ausencias justificadas y si se podría o no llevar gorra en clase. Los alumnos se fueron, aparentemente confiados en que yo sabía hacia dónde nos dirigíamos.

Si yo misma me lo creía es porque era la primera vez. Me encontraba en la primera fase de un nuevo viaje, y empezaba la aventura con un vehículo lleno de enseres cuidadosamente escogidos, así como un mapa con un claro camino trazado desde el primer día de clase hasta el último. Ahora ni siquiera recuerdo cuándo se rompió la brújula, ni cuántas veces tuve que revisar el mapa, puesto que no acababa de encajar con la ruta prevista. Lo que sí recuerdo es que conseguí exactamente lo que me había propuesto: nuevas visiones del misterio divino, nuevos mundos de significado, nuevos cubos para sumergirlos en nuevos pozos, nuevas palabras para describir el agua viva que extraía.

Mi error fue pensar que podía añadir todo eso a las viejas creencias cristianas que tan efectivamente me ha-





bían servido durante largo tiempo sin molestia alguna. El problema era que no podía enseñar la religión de otras personas sin amarla tanto como amaba la mía, o por lo menos intentarlo honestamente. Esto resultó ser mucho más difícil de lo que pensaba.

Contrariamente a la opinión popular, todas las religiones no son similares. Sus seguidores ven el mundo de formas muy distintas. Su entendimiento de la condición humana procede de supuestos diferentes y los lleva a proponer remedios distintos. Si hubiera sido capaz de resistir la sabiduría que me ofrecían –si hubiera podido mantener puestas mis gafas cristianas, de forma que solo viera lo que estas me permitían ver– entonces quizá habría salido indemne. Pero no fue así.

En lugar de ello, encontré cosas que envidiar en todas las tradiciones que enseñaba. Algunas eran compatibles con la fe cristiana, como el *sabbat* judío o la idea budista de la compasión. Otras me obligaban a tomar partido, como el entendimiento musulmán de que Dios no tiene hijos o el punto de vista hindú de que los humanos forjan su propio destino a través de muchas vidas. Esto dejaba algunas cuestiones importantes encima de la mesa. ¿Existe o no un Dios soberano que gobierna el cosmos? ¿Puede morir una persona en la cruz por mis pecados, o no? Por mucho que envidiase la independencia espiritual de quienes respondían «no» a estas preguntas, mi tradición dependía de un «sí» a ambas. ¿Era posible todavía aprender alguna cosa tomándome en serio respuestas opuestas a las mías? ¿Podía mejorar mi fe en base a la fe de los demás?





Claramente la respuesta a esa última pregunta fue que sí, si no este libro no existiría. Aunque este no es el libro que me había propuesto escribir. Yo quería escribir uno sobre la enseñanza de las religiones del mundo a estudiantes de grado de una pequeña universidad rural del nordeste de Georgia, en el que ellos tuviesen el papel principal. Mi plan era narrar lo que aprendían, cómo lo aprendían y por qué es importante que todo el mundo también lo aprenda, por lo menos si lo que se desea es entender mejor el vertiginoso nuevo mundo en el que vivimos. Quería ofrecer un conocimiento que no costara nada. Quería hacer que nuestras vidas fueran más fáciles.

Afortunadamente, ese libro se negó a ser escrito. Lo que lo suplantó es uno no sobre los alumnos, sino sobre la maestra de la clase y lo que ella aprendió acerca del alto coste de ver el divino misterio a través de los ojos de los demás. Tal como su título indica, este es un libro sobre cómo la envidia que les tuve a otras tradiciones se convirtió en una santa envidia y me ofreció la posibilidad de nacer de nuevo dentro de mi propia tradición. Antes de abordar ese tema y puesto que el aula sigue siendo mi pequeña ventana abierta ante un gran tema, me gustaría compartir algo sobre la Universidad de Piedmont y el condado rural en el que fue fundado en 1897.

Cuenta la leyenda que algunos de los primeros alumnos incluso llegaron descalzos, acompañados de sus padres, que ofrecían un cerdo vivo para pagar los estudios. Su primer rector, un ministro metodista llamado Spence, tuvo que liquidar su propio seguro de vida para mante-





ner el lugar a flote, e incluso, después, pedir una subvención a la Junta de Misiones Norteamericanas (American Missionary Board) de la iglesia congregacional. Desde 1901, Piedmont ha ido avanzando en el empeño, como institución independiente ligada a la iglesia, que ofrece una educación liberal en Demorest, Georgia. Hoy día el alumnado se cifra en aproximadamente dos mil trescientos. La ratio de alumnos-profesores es de catorce a uno. Algunos de nuestros alumnos son los primeros de su familia en ir a la universidad.

Piedmont significa «pie de montaña», que es una exageración, ya que la mayor parte de las montañas se encuentran en el condado contiguo; funcionaría mejor «ladera», puesto que el campus se halla acurrucado entre las cimas más bajas de las montañas Apalaches. Sigue habiendo porquerizas y gallineros cerca, junto con algunos de los mayores productores de aves de corral del país. Según la Cámara de Comercio, algo más de 43.000 personas vivían en el condado de Habersham en 2010, y 1823 de ellas en Demorest, un pueblo de solo dos semáforos. Esto significa que la población de alumnos de Piedmont sobrepasa la de los residentes habituales, con quienes comparten una escuálida calle mayor, en la que a un lado se hallan la oficina de correos y el ayuntamiento y, en el otro, el restaurante y la galería de arte universitaria.

Lo que no especifica la página web de la Cámara de Comercio es que Demorest había sido un *sundown town* o pueblo del atardecer, donde la «gente de color» no era bienvenida tras la puesta del sol. Actualmente, el condado







de Habersham es el hogar de una cantidad significativa de personas con raíces en América Central, además de poblaciones más reducidas de personas procedentes del sudeste asiático y de afroamericanos. Aunque no hay suficientes judíos para conseguir un quórum adecuado para el rezo, ni tampoco musulmanes para justificar una carnicería halal, sí que hay suficientes budistas para llenar un templo a catorce kilómetros al sur de la universidad, lo cual quiere decir que es habitual ver a monjes ataviados con atuendo de color naranja comprobando el punto de maduración de los mangos en el supermercado Walmart. Los alumnos de la universidad también frecuentan este negocio, puesto que es lo más cercano a un centro comercial que hay en la zona. En todo el condado hay un cine, una bolera, tres ríos y sesenta y dos iglesias.

Tal como todo esto indica, la mayor parte de los alumnos se autoproclaman cristianos. A pesar de que proceden de veinte estados y de diez países distintos, estudian en lo que Flannery O'Connor una vez llamó «el Sur poseído por Cristo», donde la cristiandad forma parte de la cultura dominante, como la Coca-Cola, y donde evangelistas ambulantes siguen montando sus tenderetes al borde de las carreteras en verano. Aquí, el agua es la cristiandad. Se encuentra en el aire y en la tierra. Los alumnos que vienen de los grandes institutos públicos en zonas residenciales a veces quedan sorprendidos por la falta de diversidad cultural del campus, tanto en lo referente a alumnos como a profesores. Al mismo tiempo, valoran el hecho de que las clases sean reducidas, así como las fuertes amistades que





desarrollan en un campus residencial y en gran medida peatonal. En las noches de septiembre, cuando el cielo se llena de barnaclas canadienses que emigran hacia el sur, graznando felices durante la puesta del sol al rojo vivo, no hay lugar más bello en la Tierra.

Supongo que es posible sentirse aislado en un campus a ciento veinte kilómetros de la metrópolis más cercana, aunque nos cueste imaginarnos algo así tras la llegada de las redes sociales. Por muy pequeña y rural que pueda ser mi ventana de Piedmont, tengo vistas a un cambio de conciencia global, acelerado en todo, desde los estándares de compras de la generación milenial hasta los tuits de la presidencia de Trump. Mi teléfono móvil me conecta a una rabina en Jerusalén que protesta por las restricciones que se le imponen a ella y a otras mujeres que quieren rezar en el Muro de las Lamentaciones. Cuando necesito imágenes de un funeral hindú para la clase, encuentro fácilmente en YouTube vídeos de una serie de cremaciones simultáneas a lo largo del río Ganges en Varanasi.

Esto crea una extraña tensión entre la pequeña ventana de mi aula y la pequeña ventana de mi teléfono. ¿Cuál de las dos me está dando la mejor imagen del mundo real? ¿Son más verdaderos los titulares de mi móvil o los de mi periódico local? Si me fío más de lo que veo en mi teléfono que de lo que veo por la ventana, ¿qué significa la creencia de que el mundo real no es aquel en el que yo vivo?

Para el propósito de este libro, decido confiar ante todo en mi aula. El teléfono sigue siendo mi enlace con el mundo más allá de este pueblo de dos semáforos, pero el aula es





el único lugar que conozco lo suficiente como para hablar verdaderamente sobre ello. Mis estanterías están llenas de tomos gruesos y sesudos sobre el cambiante panorama religioso de Estados Unidos, el papel de la religión en los conflictos globales, el mandato de la educación interconfesional en las escuelas públicas y los emergentes puntos de vista de quienes se consideran espirituales-pero-no-religiosos. Estos valiosos recursos han tenido influencia en la manera en la que pienso y enseño la religión, de forma tan significativa que tanto ellos como sus autores aparecen en una lista al final de este libro

Igual que me apoyo en ellos para ayudarme a entender el punto de vista general, sigo esperando que también haya espacio para un libro sobre un panorama más pequeño – uno mucho más local que se centre en la vida de menos de treinta personas, cuyas declaraciones de verdades no alcanzan más allá de un aula universitaria en el norte de Georgia– escrito por una profesora cristiana sin credenciales para enseñar más que su propia tradición, pero que sigue estando motivada para escribir, porque cree que existen unos cuantos lectores que (al igual que sus alumnos) esperan a que alguien diga lo que ya llevan tiempo pensando.

Si Dios quiere, éste es ese libro.

